

Lo nacional y lo utópico como recursos identitarios

Jan E. C. Gustafsson¹

The so-called 'left turn' that have taken place in Latin American politics since 1999, seems to correspond to a profound revision of neo-liberal economics and politics of the 1980's and 90's. Part of this revision seems to be a revitalization of the nation state as an economic, political and symbolic (identity) resource. Another important aspect of the increasing influence of the left is the 'return of utopia'. This utopia is not identical to the socialist and left utopias of the 60's and 70's, as part of the new and radical left in Latin America tends to see nation and utopia as two sides of a coin. This fact calls the attention to the case of Cuba, often thought of as an obsolete 'left-over' of past decades, as the Cuban 'model' actually combines two discourses: the utopian and the national. The article presents shortly a theoretical frame-work and discusses some general elements of national(ist) and utopian identity discourse. Finally it discusses some basic elements of the Cuban model.

Keywords: Latin America, nation-state, utopia, Cuba, politics, discourse.

1. Introducción

El llamado 'giro a la izquierda' en la política latinoamericana de la presente década no solamente implica cambios importantes del espectro político, sino también la perspectiva de una actitud distinta frente al estado nación. Siendo este giro en gran medida una reacción frente a la ortodoxia neoliberal del Consenso de Washington y su aplicación en América Latina, es natural que vuelva a plantear la cuestión del estado y de la nación como hechos esenciales. En alguna medida, tanto la izquierda moderada como la

¹ Centro para el Estudio de las Américas, Copenhagen Business School, Dinamarca: jg.first@cbs.dk

radical² ha pretendido recuperar al estado como actor económico y social tras la parcial desmantelación del mismo como resultado de las políticas y prácticas neoliberales. Al nivel de las prácticas simbólicas se ha podido apreciar, asimismo, cómo la nación vuelve a colocarse en el centro de muchos discursos políticos y sociales, recuperando de esta manera algo de su poder de atracción como proyectos colectivo e identitario básico. Este hecho se ha podido apreciar más claramente en los casos de una izquierda que ha logrado victorias electorales a base de un discurso radical de tintes utópicos³, como lo ejemplifican los actuales presidentes Rafael Correa (del Ecuador) y Evo Morales (de Bolivia).

Siguiendo esta línea de argumentación, puede argüirse que una característica principal de la izquierda más poderosa de varios países latinoamericanos es la recuperación de un discurso en el que se plantea al estado nación como marco fundamental y natural para la utopía⁴. Si estas observaciones son correctas, también lo será que 'lo nacional', en cuanto recurso económico, político o identitario, sigue siendo un objeto de interés central para los estudios de lo social y lo humano.

Tomando lo anterior como punto de partida, el objetivo de este trabajo será reflexionar sobre la nación y la utopía como recursos de creación de identidades en general, desembocando luego en el estudio de un caso concreto.

Tras la breve presentación de (elementos de) un marco teórico, se propondrán unas ideas en torno a la utopía y lo nacional como recursos identitarios y, luego se pasará a discutir brevemente un caso concreto de discurso identitario que, desde la posición del poder, plantea la utopía dentro del marco de la nación como un hecho a la vez realizado y por realizar. Se trata del caso de Cuba, cuyo estudio cobra aun mayor relevancia a la luz de la evolución política de los últimos años en naciones como Venezuela, Bolivia y Ecuador. Lo que motiva la elección de este caso –que pudiera parecer anacrónico con respecto a las tendencias actuales de los discursos políticos y utópicos de la región– es el hecho, o mejor la

² Mediante esta distinción (por cierto simplificada) se pretende enfatizar el hecho de que el llamado 'giro a la izquierda' de la política latinoamericana en años recientes no puede considerarse un hecho único y uniforme, ya que hay importantes diferencias entre los partidos, movimientos y presidentes englobados bajo este denominador.

³ Por 'utópico' se entiende un discurso social (y político, en este caso) que se centra en –y tiene como punto nodal– un proyecto de cambio social profundo cuya realización implicaría una sociedad y vida mejor para el sujeto incluido en el discurso.

⁴ Tal característica no excluye, desde luego, la posibilidad de discursos que en competencia con este discurso político, o incluso como parte del mismo, planteen otros marcos para el proyecto utópico, como por ejemplo la etnicidad. Véase por ejemplo Balslev, Gustafsson y Velázquez (eds).

hipótesis, de que un régimen considerado durante años como obsoleto y aislado de los procesos político-identitarios latinoamericanos se está manifestando como parte más o menos integral (si bien no como vanguardia) de un proceso actual de cambios políticos, estructurales e identitarios. Esta situación es difícil de explicar desde la perspectiva de un análisis del régimen cubano basado principalmente en el carácter socialista del modo de producción o en la idea de que Cuba sería un ‘residuo’ de un sistema sociopolítico casi desaparecido. Por otra parte, si el análisis detecta –amén de importantes cambios económicos, políticos e identitarios– una permanencia del discurso nacional y utópico, el caso cubano podría cobrar una relevancia que trascienda el caso y apunte hacia unas perspectivas más amplias, incluyendo la comparación de este caso con discursos y construcciones utópico-nacionales más contemporáneos. La metodología propuesta para este estudio no implica, por tanto, el estudio del carácter socialista o comunista del sistema político y socioeconómico cubano, sino un análisis de cómo el discurso político del poder combina el punto nodal de la ‘nación’ con el concepto de la utopía.

2. Marco teórico

La base teórica y metodológica de este trabajo se inserta en un marco semiótico general basado principalmente en una combinación de la filosofía semiótica de Peirce (1994) con la semiótica cultural de Lotman (1990).

En resumen, se trabajará explícita o implícitamente a partir de los siguientes presupuestos teóricos: (a) que el trabajo o proceso de los signos, la semiosis, incluyendo las unidades mayores de signos, texto y discurso, constituye uno de los elementos principales de lo humano; (b) que la frontera existe como mecanismo inherente a la semiosis en general y a la comunitaria en particular, permitiendo, entre otras cosas, la creación de un sentido de comunidad ‘nosotros’ en oposición a ‘los otros’ y, (c) que la interpelación discursiva (Althusser 1969) en combinación con las funciones déicticas personales yo-tú (Benveniste 1971) constituye un mecanismo principal de subjetivación, articulando los niveles individual y colectivo.

De esta manera se plantea la cuestión del sujeto como articulación entre el nivel individual y el colectivo, por un lado como el individuo que ‘oye’ la llamada de la interpelación discursiva comunitaria entrando en diálogo múltiple con él, y por otro, como la comunidad que interpela manifestándose como suma y totalidad de los individuos que la integran (cf. Gustafsson 2005). En este sentido, el sujeto no es, ni puede

ser, totalmente ‘colectivo’ a la vez de que el individuo no es un ente aislado.

El esquema teórico aquí trazado es en sí un argumento que va en contra del esencialismo identitario. Si el sujeto humano es el resultado de un diálogo constante entre diferentes niveles de articulación, como lo son la interpelación de múltiples discursos sociales por un lado, y por otro, la capacidad de articular un ‘yo’ (que a su vez entra en diálogos con el ‘tú’), tal sujeto no podrá definirse por un solo contenido discursivo o una sola conceptualización identitaria. El diálogo semiótico –el intercambio y fluir constante de signos y textos– es un fenómeno que implica que las identidades son articulaciones o sedimentaciones en estos procesos semióticos, pero no esencias inmutables. Sin embargo, las ‘fronteras’ semiótico-identitarias tienden a manifestarse en los discursos como calidades naturales e irrefutables, constituyéndose en puntos nodales que dan solidez y ‘esencia’ a los discursos.

Para una teoría más específica de la construcción identitaria pueden agregarse otros presupuestos, entre los cuales cabe destacar la dimensión narrativa (Ricoeur 1994) que combina el tiempo, el espacio y los actores principal (el ‘nosotros’) y secundarios (los otros) en una idea de unidad primordial de territorio, pueblo, pasado (historia), presente y futuro (proyecto o utopía). Al tener el discurso identitario por lo general la dimensión semántica del presente y del futuro, en cierta forma se sale de lo que, desde el punto de vista literario, es el género narrativo en términos estrictos. El discurso necesita no solamente hablar de e interpretar un pasado – también escenifica un presente. Ello hace que el relato identitario participe del género dramático: el discurso no es solo la narración (necesariamente de lo pretérito) sino también una dramatización, un evento de aquí y ahora que interpela al sujeto como espectador y actor (en más de un sentido de la palabra) a la vez. Como actor, el sujeto ha de poner también de sí mismo: participa en el drama con su cuerpo y con su ‘yo’, su ser reflexivo o sí mismo.

A la vez, el relato y el drama llevan implícita una proyección hacia el futuro: lo que ha pasado y lo que está pasando tiene consecuencias para la actuación, dirigida hacia el futuro. La memoria social es un relato ejemplar de los buenos y los malos actos que tiene consecuencias para el presente y el futuro. Pero para una proyección que vaya más allá del presente hará falta un género literario distinto al del relato y el drama, un género que no hable de lo que hay o hubo, sino de lo que habrá. El género sobre el futuro podrá basarse en la conjetura o el deseo, o sea tener carácter de profecía o de utopía. En relación con el constructo teórico y tema empírico que aquí se proponen, cobra particular relevancia el tema de la

utopía. Propongo ver el discurso utópico como una especie de género particular, que juega (o puede jugar) un papel esencial en la construcción de discursos identitarios, incluyendo el nacional. Como género identitario, el discurso utópico comparte una serie de características con la narrativa, pero el tiempo verbal predominante es el presente o el futuro, no los tiempos pretéritos. Como discurso identitario tiene una permanencia y papel menos sólidos que la narrativa del pasado, ya que a diferencia de este el discurso utópico no define lo que *es* un colectivo, sino lo que *desea* ser este colectivo o parte de él. Por otra parte, el discurso utópico implica una definición, o al menos limitación, temática básica: es un discurso sobre un cambio más o menos radical que traerá una vida mejor para un grupo más o menos limitado de personas. Según esta definición, la dimensión utópica puede estar –y está– presente en muchos discursos políticos, pero no está necesariamente presente en cualquier proyecto político. Su importancia para la creación de sentido a nivel individual y colectivo es, sin embargo, principal, y la capacidad de interpelación del discurso utópico es un instrumento fundamental del discurso político.

El discurso utópico contiene otro aspecto particular: su carácter de *conato*. Si el discurso utópico tiene como objeto un futuro posible y atractivo, su fuerza de interpelación y capacidad de crear sujetos políticos reside principalmente en la atracción que ejerce el deseo y la esperanza, y mucho menos en lo que puedan convencer resultados logrados. El discurso utópico puede convencer de la necesidad de luchar por un cambio y un futuro distinto, tal como se está viendo en gran parte de América Latina. Es un tipo de discurso que se plantea con mayor facilidad desde la oposición o como parte de un proceso –típicamente conflictivo– que como elemento de continuidad y estabilidad. Por ello resulta mucho más difícil sostener un discurso utópico desde la posición del poder y, resulta difícil mantener un discurso de poder basado en el postulado de que la utopía prometida es realidad. Justamente esta dificultad es un reto principal del régimen cubano y, a la vez, un elemento más que justifica el interés que suscita el caso. Este aspecto será incluido en el párrafo en que se analiza el caso cubano.

3. El discurso nacional y su capacidad de interpelación

Desde un punto de vista histórico el estado-nación ha sido una entidad económica, política e identitaria fundamental de un período global –y, de globalización– que corresponde, aproximadamente, a los últimos 200 años (cf. Anderson 1983 y Smith 1991).

En años recientes, sobre todo en la década de los noventa, ha habido cierta tendencia, tanto en los discursos políticos como en las

ciencias sociales, a contraponer los conceptos de ‘nación’ y ‘globalización’, dando a entender que los actuales procesos de globalización y mundialización implicarían una reducción, y hasta eliminación, del papel del estado nación. Esta contraposición casi mecanicista de dos fenómenos históricos tan complejos no resulta convincente, tanto desde un punto de vista teórico como desde la observación empírica. La globalización no es un fenómeno único limitado a una época específica o a una sola o muy pocas dimensiones, sino que es un fenómeno general multifacético de todas las épocas, lo cual no impide, desde luego, que haya fenómenos y épocas en que este movimiento-proceso adquiera características de particular relevancia. Por lo tanto, las épocas de creación y auge del estado nación han sido también épocas de globalización, caracterizadas justamente por tener al estado nacional como actor y unidad básicos de este proceso.

Por esta y otras razones se debe evitar una automática contraposición de nación y globalización, buscando a la vez respuestas a la pregunta de cuáles son las dialécticas económicas, políticas, culturales e identitarias de las relaciones entre ambos fenómenos. Parte de tal dialéctica sería, por ejemplo, reconocer la historicidad específica del fenómeno del estado nación, el cual por cierto no ha de ser necesariamente el punto de partida para cualquier estudio de lo social, tal como ha sido una tendencia bastante generalizada en el siglo pasado. Incluso la mencionada tendencia a contraponer nación y globalización o la a veces anunciada muerte del estado nación tiende a perpetuar la costumbre de ver a este como entidad básica para una visión de lo social.

Como todo fenómeno histórico, el estado nación padece una serie de cambios profundos que podría llevar a su modificación radical (o incluso su final), pero también se ha podido observar cómo ‘lo nacional’ se manifiesta como un recurso con capacidad de adaptación que no necesariamente se encuentra en una fase de ocaso. Como propuesto arriba, la observación de la realidad latinoamericana parece más bien indicar que la identificación nacional en general no decrece para difuminarse en otras identidades, sino que permanece como uno de los recursos identitarios principales.

La capacidad de interpelación del discurso nacional y nacionalista se mantiene vigente. El preguntarse por el ‘ser’ implica, para cientos o miles de millones de personas, entre otras respuestas, la nacional. El sujeto humano sigue siendo, entre otras cosas, un sujeto de la nación. Esto puede ocurrir incluso en situaciones en que ‘lo nacional’ –en cuanto, por ejemplo, estructuras económicas y soberanía jurídica– se vea reducido o modificado radicalmente. Ejemplos de ello podrían ser las naciones de la Comunidad Europea o naciones latinoamericanas cuyos sistemas

económicos se vean altamente afectados por una política neoliberal. Esto podría indicar que ‘lo nacional’ puede manifestarse como un recurso simbólico-identitario que en alguna medida puede desligarse de otros elementos del estado nacional, como por ejemplo las estructuras económicas o las instituciones formales. Dicho esto, debe recordarse que la nación continúa siendo el marco principal para la actuación del estado, cuyo papel pretende (cf. arriba) revitalizar parte importante de la izquierda (y administraciones actuales) de América Latina.

Justamente el caso del ‘giro a la izquierda’ de la política latinoamericana, discutida al principio de este artículo, corresponde en gran medida a una revitalización tanto estructural como simbólica del estado nación. El primer y todavía paradigmático caso de la nueva izquierda latinoamericana, el movimiento de Hugo Chávez en Venezuela, demuestra muy claramente esta tendencia. El hecho de que el discurso chavista combine este nacionalismo popular con una dimensión latinoamericanista, no es en sí una señal de que el papel del nacionalismo juegue un papel menor, sino de una característica particular de una importante corriente utópica en América Latina, que implica una proyección continental del deseo utópico⁵. Para el discurso chavista, el nacionalismo venezolano y el continentalismo latinoamericano no están reñidos, sino que se manifiestan como dos dimensiones de una sola realidad.

En los demás discursos de la izquierda latinoamericana, tanto nueva y radical como ‘tradicional’ y moderada, este latinoamericanismo puede estar presente en alguna medida, pero no tiene el peso que tiene en el discurso chavista. Un ejemplo sería el discurso izquierdista moderado del presidente Ignacio ‘Lula’ da Silva (Brasil), en el que hay un importante aspecto de integración económica latinoamericana (con punto de partida en el Mercosur). Pero en la mayor parte de los proyectos políticos e identitarios de la izquierda latinoamericana actual, la dimensión nacional juega un papel mucho fundamental. Así es el caso también del discurso del presidente Evo Morales de Bolivia y el movimiento político que lo sustenta, el MAS (Movimiento Al Socialismo). Particularmente interesante del discurso de Morales y su movimiento es cómo se combina un discurso identitario étnico con el discurso de identidad nacional, que plantea un ‘nosotros’ boliviano-indígena. Las consecuencias políticas de este discurso se han visto bastante nítidamente a lo largo de los conflictos del año 2007 (y que continúan en 2008): si bien las dos partes del conflicto entre el

⁵ Aparte de su origen bolivariano y el neobolivarismo chavista, caben mencionar el aprismo de Haya de la Torre y el guevarismo de los sesenta (cf. Cancino 1999). El espacio y la temática de este artículo no permiten una discusión más profunda de esta importante dimensión del utopismo latinoamericano.

oficialismo izquierdista-indigenista y el separatismo de derecha y ‘criolla’ regional de la ‘Media Luna’ (las provincias más ricas del este del país) postulan su nacionalismo, no cabe duda de que el MAS, el gobierno de La Paz y los movimientos indígenas se ven como los defensores de una unidad nacional que peligra por el separatismo de las provincias orientales.

Como todo discurso identitario, el nacional es histórico y contingente, a la vez que entra en una dialéctica de competencia y combinación con otros discursos de interpelación identitaria. Uno de los sistemas de discursos identitarios alternativos de mayor interés para el caso de América Latina es el étnico, cuya problemática concierne a los pueblos originarios y otras poblaciones definidas o autodefinidas como étnicamente ‘diferentes’. El diálogo del discurso nacional con los étnicos tiene lugar en una frontera discursiva a veces conflictiva y de exclusión. En sus orígenes, el estado nación instituye un discurso que interpela a un sujeto que se supone único e individual frente al estado y la nación. Esta visión del sujeto –tan diferente a la de la colonia– frustró en general la posibilidad inicial de crear en América naciones que aceptasen la existencia de discursos identitarios y de interpelación diferentes al modelo criollo (así como prácticas socioeconómicas que correspondiesen a la realidad social y económica diversificada). A raíz de este conflicto de prácticas sociales y simbólicas (y sociosimbólicas) resulta particularmente interesante ver cómo se combinan dos sistemas discursivos –el nacional y el étnico– como modelo de una nueva versión multicultural de América Latina. Así, uno de los elementos de gran importancia de la evolución actual de la nación en cuanto prácticas socioeconómicas e interpelaciones discursivas es, justamente, el afán por ampliar y reconsiderar el concepto cultural y discursivo de nación, aceptando y (re)creando un imaginario nacional renovado y la interpelación de un conjunto de discursos más variado.

A manera de resumen, se propone la hipótesis de que ‘lo nacional’ se manifiesta hoy como un recurso identitario de particular relevancia y fuerza de interpelación, que a la vez actúa en conjunto –y competencia– con otros discursos identitarios y que, como todo discurso de identidad, se basa en el establecimiento de una ‘frontera’, la cual define un ‘interior’ –‘nosotros’– y un ‘exterior’, ‘los otros’.

4. Lo utópico

A manera de hipótesis general, sostengo que la dimensión utópica cumple un papel primordial en el cambio social. En este sentido, el elemento utópico es una necesidad en muchos discursos políticos y sociales sin que ello implique que cualquier discurso utópico por fuerza juegue un papel

positivo de cambio social. Arriba se ha planteado la idea de que el discurso utópico se constituye como un género semi-narrativo particular que se proyecta hacia el futuro y hacia el deseo colectivo e individual de una vida y una sociedad mejores. A diferencia del discurso identitario narrativo dirigido al pasado y el presente, este discurso no define 'lo que somos', sino lo que 'deseamos ser'.

La relación concreta del discurso utópico con otros discursos identitarios puede darse de diferentes maneras. La utopía es una dimensión posible de varios sistemas de discursos identitarios, entre ellos el nacional o étnico. Evidentemente, es un ingrediente imprescindible en todo discurso de liberación, pero en principio puede todo discurso político hacer uso de la dimensión utópica en algún sentido y de forma más o menos explícita. Obviamente, por ser la utopía por naturaleza un proyecto de cambio radical, tiende a ser más frecuente y más explícito desde posiciones de oposición o subalternas que desde la posición del poder.

Lo utópico puede insertarse dentro de un discurso identitario existente como una dimensión del mismo, pero también puede proyectar su propia comunidad como una esperanza para el futuro. En todo caso, el elemento utópico agrega una tensión al discurso identitario al proyectar la comunidad hacia el futuro. Si el discurso de identidad narrativo tiende a interpelar a base de una visión de la comunidad basada en fronteras relativamente rígidas y estables, la utopía, en cambio, agrega un elemento temporal y teleológico, dando mayor dinamismo al discurso.

El papel de la utopía en la construcción identitaria es, en muchos casos, el de quedar como una especie de horizonte último manifestándose como el cumplimiento de los anhelos comunitarios. En otros casos, la idea utópica se sale de las fronteras identitarias planteando la comunidad, no como un hecho definido en la actualidad, sino a definirse en el futuro como resultado de los logros utópicos. Como consecuencia puede argumentarse que la relación entre utopía y comunidad se da en dos sentidos principales, según quede una u otra como elemento principal o subordinado.

La utopía se plantea por su naturaleza como perspectiva u horizonte del futuro, pero al relacionarse con la construcción identitaria, debe insertarse también en las narrativas existentes, por ejemplo como elemento crítico que subvierta las estructuras actanciales o como elemento de actuación que ayude a recuperar un tiempo idílico perdido. De este modo, el discurso utópico dirige la narración en un sentido teleológico, como se discutirá abajo en el caso de Cuba.

La dimensión utópica puede presentarse en relación con prácticamente cualquier construcción comunitaria. Aquí nos interesan las

dos que tienen mayores implicaciones políticas que son la nacional y la étnica. En el caso de los discursos comunitarios nacionales, lo común es que la dimensión utópica se subordine a la comunitaria, presentándose como una posibilidad o alternativa para la nación, expresada implícita o explícitamente en proyectos políticos, sociales y otros y en muchos casos como un contradiscurso crítico.

En el siglo veinte ha sido la izquierda la que más amplia y explícitamente ha hecho uso de la dimensión utópica del discurso, dando en algunos casos mayor énfasis a esta que a la nacional-identitaria. Podría sugerirse que característica principal de la izquierda –tanto histórica como actual– es que suele presentar algún tipo de utopía –o sea, un proyecto de una sociedad mejor para todos sus miembros– como solución a los problemas de la nación. Esto, obviamente, corresponde a una lógica histórica: la izquierda es heredera de las tradiciones utópicas occidentales, incluídas las cristianas, socialista utópica y marxianas y, en el caso de América Latina, también de la tradición utópica que empezó a darse a raíz del ‘encuentro’ de Europa y el Nuevo Mundo (cf. Ainsa 2006).

Pero la dimensión utópica puede manifestarse también en discursos políticos que no pertenecen a la izquierda. Incluso se puede decir que el proyecto opuesto al de la izquierda, y aparentemente a toda utopía política, el neoliberal, en su momento se presentó como proyecto utópico en el sentido de autodefinirse como el programa político que en última instancia crearía la felicidad para todos. Una vertiente del proyecto neoliberal, el consumismo de masas, se presentó claramente como un proyecto utópico al alcance de todos en Chile a fines de los noventa (cf. Cristoffanini, en vías de publicación). Por otro lado, podría sugerirse que el proyecto neoliberal ha perdido ya su capacidad de presentarse como proyecto utópico, no solo por sus fracasos sociales (su incapacidad de producir una riqueza que se ‘filtrase’ a las capas poblacionales pobres), sino por ya no representar una *alternativa* discursiva ni práctica, hecho que crea problemas para la articulación de un discurso de derecha en varias naciones latinoamericanas, tal vez más claramente en Brasil y Chile. Esto no debe interpretarse en el sentido de que el proyecto neoliberal haya perdido toda su fuerza en la región, pues no solamente sigue siendo fuerza principal de varios países y dominando gran parte de los discursos y proyectos de centro y derecha, sino que incluso se manifiesta como una práctica socioeconómica presente (aunque no necesariamente única ni dominante) en algunas administraciones de izquierda.

En los discursos utópicos radicales la tendencia es subordinar la comunidad nacional a la utopía: la meta verdadera no es la comunidad de la nación, sino de justicia y bienestar. La nación puede ser el medio o espacio

donde lograr esta otra comunidad, pero no es el objetivo. Este ha sido el caso de los discursos anarquista, socialista radical y comunista en el siglo veinte. En los discursos políticos nacionales no radicales es más común el hecho contrario: el proyecto político con elementos de utopía se presenta como proyecto para la nación, tal como es el caso de algunos de los discursos de izquierda en América Latina. En este caso la nación se contempla como el hecho comunitario (y recurso discursivo) fundamental, para el cual el proyecto político-utópico se presenta como un hecho subordinado.

Sin embargo se dan también casos en que ambos elementos se presentan como interdependientes o solidarios, como es el caso del discurso nacional-revolucionario cubano (que se discutirá a continuación) y, en alguna medida, los discursos izquierdistas radicales mencionados, o sea, el neobolivariano-chavista en Venezuela, el del partido-movimiento MAS en Bolivia y el de Rafael Correa en el Ecuador. El breve estudio del caso cubano que sigue se justifica, entre otros motivos, por estas similitudes que hacen relevante el estudio del ‘modelo’ cubano a la luz de la actual situación política del continente.

5. Nación y utopía – el caso cubano

El caso de Cuba puede, con razón, considerarse atípico, tratándose de un discurso nacional (y nacionalista) de izquierda que va para su 50 aniversario en el poder. Como propuesto en la introducción, por esa misma razón (su permanencia en el poder) el caso brinda una oportunidad particular para el estudio del discurso nacional y utópico. Al mismo tiempo el nuevo contexto político de América Latina, en el que el ‘modelo’ cubano ha inspirado en alguna medida a nuevos dirigentes, ha reactualizado la relevancia del estudio del discurso del poder cubano.

Es importante, desde luego, reconocer las limitaciones de este breve ‘corte atemporal’ y análisis del discurso nacional-revolucionario cubano: el interés y énfasis principales radican en el intento de detectar los aspectos de mayor permanencia e importancia del discurso del poder en Cuba. Aparte del interés que pueda suscitar el caso en sí, tal análisis podría implicar la perspectiva de un estudio comparativo con otros discursos más recientes.

Por similares razones de espacio deseo limitar este estudio a la discusión de siete breves hipótesis sobre lo que denomino el discurso nacional-revolucionario en que la dimensión utópica queda manifiesta en ‘la Revolución’:

- i. El contenido esencial e ‘intocable’ (aunque no totalmente invariable) de este discurso es, justamente, su carácter *nacional* y *revolucionario*. Ello implica que el carácter ‘socialista’ o ‘comunista’ del discurso (e, incluso de una serie de prácticas) se subordina a este carácter básico. Esto se puede apreciar tanto en un contexto histórico como actual, aunque con ‘intensidad variable’. Desde una perspectiva histórica, el socialismo aparece como la solución dadas las circunstancias globales del momento, sobre todo el contexto general de la guerra fría y la necesidad del poder revolucionario de definir su relación con los EE. UU. A la vez, el socialismo ofrecía en los 50, 60 y 70 la versión más inmediata y ‘real’ de la utopía. De ahí que el joven poder nacional(ista) y revolucionario se decantara por el socialismo ‘real’ como la opción más atractiva y segura, pero no como el punto de partida ni como el contenido principal de los discursos y prácticas de poder. Ello significa que lo ‘nacional’ y lo ‘revolucionario’ no se presentan como dos elementos yuxtapuestos o agregados del discurso, sino como fenómenos interdependientes. En otras palabras: sin ‘revolución’ no hay ‘nación’ (y viceversa). Dicho en términos teóricos: la articulación de ambos elementos (‘nación’ y ‘revolución’) constituye el *punto nodal* del discurso nacional-revolucionario, o sea aquello que no permite modificación ni oposición. En este contexto cobran, a mi parecer, su sentido pleno las famosas palabras de Fidel Castro (1976) en su ‘Discurso a los intelectuales’ de 1961: “Esto significa que dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución nada.” Este punto nodal discursivo, expresado a principios de la época revolucionaria sigue siendo el fundamental del discurso nacional-revolucionario hoy. Estas cualidades del discurso –y hasta cierto punto las prácticas– del poder en Cuba contribuyen a explicar su capacidad de permanencia e interpelación: no se trata de un régimen comunista obsoleto, sino de un régimen nacional-revolucionario con cierta capacidad de adaptación discursiva y práctica. El punto nodal nación-Revolución implica la dimensión utópica: la Revolución (con mayúscula) es el acontecimiento que inicia el camino hacia la sociedad y comunidad perfectas y, es más, la Revolución *es* ese camino. Es un viaje que tiene como sujeto único, indivisible e indiscutido la nación.
- ii. Continuando este hilo de argumentación, se verá que el discurso apunta hacia la revolución –tanto en calidad de acontecimiento único (1959) como en cuanto hecho y proceso permanentes (camino y

viaje)– como la *culminación* del proceso histórico del país. En otras palabras, el discurso constituye (y es constituido en) una narrativa que presenta a la Revolución como la culminación de las aspiraciones nacional y popular, sobre todo a partir de las guerras de independencia del siglo 19 (pero, en algunas versiones incluyendo la resistencia de los indígenas contra invasores españoles del siglo 15, esclavos cimarrones etc.).

Al mismo tiempo, la Revolución se presenta como una especie de ‘tábula rasa’, siendo no solo culminación, sino también el principio de una nueva era. De este modo, la dimensión utópica conecta pasado y futuro: el relato (sobre el pasado) explica el presente –que más que una situación en equilibrio es un proceso– que a su vez apunta hacia el futuro, un conato cuyo objeto final (si bien no claramente definido) será ‘nuestra’ (nacional) razón de existir.

iii. La utopía, hemos insistido, implica la posibilidad de la articulación de la ‘nación’ y la ‘Revolución’: ambas son mutuamente indispensables porque juntos permiten y prometen una nueva y mejor vida para el colectivo nacional y sus miembros, cuya condición individual es solidaria con su condición colectiva, o sea nacional. Al mismo tiempo la condición utópica permite establecer las conexiones discursivas ‘intertextuales’ en el tiempo mencionadas en el apartado ii (el pasado, presente y futuro nacional). A la vez, permite conectar, fuera del espacio nacional, con otros discursos utópicos y nacional-utópicos: por un lado se inserta en una tradición (y genealogía) cristiano-occidental-socialistas y por otro conecta, como se viene sosteniendo, con los movimientos nacional-populares (o de izquierda) cuya fuerza actual en América Latina brinda tal vez la mejor oportunidad para una reinsertión política, económica y cultural de la Cuba revolucionaria de varias décadas.

iv. A su vez, la condición utópica constituye un reto enorme para el discurso (y las prácticas) del poder nacional-revolucionario. Arriba se ha argumentado que una dificultad del discurso utópico reside en que apunta hacia un conato, una meta a conquistar y que, una vez conquistada esta meta (y el poder), el discurso utópico tiende a perder justificación y fuerza. Pero perder la dimensión utópica implicaría un peligro para el discurso nacional-revolucionario, ya que a la larga se debilitaría la articulación básica de ‘nación’ y ‘Revolución’ por irse convirtiendo esta (la Revolución) en un hecho del pasado y no elemento fundacional y permanente. Por ello la Revolución –y por tanto la utopía– debe renovarse constantemente para quedar como ‘acontecimiento permanente’. La Revolución es

un hecho discursivo permanente que se manifiesta y ha de manifestarse como una conquista continua; una mezcla de hecho consumado y de conato que requiere un esfuerzo constante para convertirse en acontecimiento positivo. Esta dimensión discursiva parece penetrar en todos los niveles y medios. Para dar un ejemplo: si en un programa televisivo se habla de deficiencias en la calidad del pan, no estaríamos hablando de un problema banal de soluciones técnicas, sino más bien de un espacio a *conquistar* y una tarea colectiva que interpela a todo miembro de la nación. De tal manera la conquista de la calidad del pan llega a confirmar la condición permanente de la utopía y que la Revolución es una lucha diaria y no simple ejercicio de efemérides, memoria y narrativa.

- v. Como todo discurso de identidad, el discurso nacional-revolucionario busca como un elemento definitorio principal su(s) frontera(s) con el Otro. El Otro más significativo para la constitución del discurso nacional-revolucionario cubano es su enemigo explícito y en cierta forma 'bicéfalo': los sucesivos gobiernos de EE.UU. y los dirigentes de la comunidad cubana de este país (o más específicamente Florida). Esta idea del Otro permite la exclusión de elementos (personas y discursos) que se hallan dentro del territorio y/o se consideran parte o poseedores del discurso nacional cubano. Al quedar un discurso, persona o grupo identificado con el enemigo, se le excluye del espacio discursivo (y a veces físico) cubano, que solo permite un 'dentro', identificado con la Revolución, y un 'fuera', que se ve como el 'otro' o 'enemigo' de la Revolución (cf. Gustafsson 2005 y 2005^a).
- vi. Por lo anterior y por una serie de prácticas de poder, se deduce que el discurso nacional-revolucionario cubano posee una alta capacidad de interpelación. Dicho de otro modo: este discurso tiene una posición privilegiada para 'llamar' e identificar a los ciudadanos cubanos. Su posición mediática y de poder en general y sus recursos semánticos indican que este discurso posee una posición casi total y de muy poca competencia. El principal discurso de oposición lo es de una oposición también total en el sentido de que no acepta espacio legal alguno para el discurso nacional-revolucionario. Esta situación de exclusión y de dependencia mutuas no brinda casi espacio para otras opciones, al menos en el nivel político. Ello contribuye a explicar la relativa debilidad de opciones y discursos políticos alternativos, tanto en la Isla como en Miami.
- vii. Siendo que el discurso nacional-revolucionario cubano carece de competencia o rivalidad discursiva en sentido tradicional, la opción

del ciudadano es en gran medida la aceptación o el rechazo total. La ausencia de una tercera posición hace difícil un diálogo interdiscursivo que permitiese una dinámica política por tal vía, por lo que el discurso depende de sí mismo enteramente para su dinámica. En tal situación, el peor peligro para el discurso es su propio desgaste y de que su capacidad de interpelación se vea minada por estrategias de ‘evasión’ por parte del sujeto interpelado. A manera de ejemplo: en vez de entrar en diálogo crítico con el discurso, el sujeto que no lo quiere aceptar o rechazar plenamente, podrá buscar otras salidas, como decir que ‘no me interesa la política’. Justamente esta salida es una forma del ‘yo’ deíctico de eludir la interpelación discursiva. El ‘yo’ indicaría que no ve posible o relevante un diálogo con el discurso que lo interpela, por lo que busca, para constituir su identidad e imaginario (sobre todo nacionales) de sujeto, otros textos y discursos⁶.

Para concluir esta discusión de tesis básicas sobre el discurso nacional-revolucionario cubano, insistiré en lo siguiente: la solidaridad indesligable de la nación y la utopía constituye el punto nodal principal del discurso y, también su dimensión más fuerte y tal vez también su mayor dificultad. Su punto más fuerte, porque la conjunción de ambos elementos –nación y utopía/revolución– crea un discurso de una capacidad de interpelación muy grande, lo cual se ha venido demostrando durante décadas ya. Pero al sostenerse esta conjunción en el hecho de que la utopía no es ya un proyecto futuro a conquistarse, sino una realidad temporal y espacialmente presente, el peligro de desgaste discursivo es muy alto. El éxito del discurso consiste en convencer de que no hay una alternativa nacional – el fracaso de este éxito consistiría en dejar vacío el campo discursivo-político nacional. Dicho de otra manera, el discurso nacional-revolucionario al lograr afirmarse como *el* discurso nacional cubano (al menos a nivel político) corre el peligro de socavar su propia dinámica por carecer de alternativas con los que entablar un diálogo que lo afirme como la opción más convincente. La alternativa que le queda es renovarse constante o periódicamente y así renovar su capacidad de interpelación.

⁶ Esta afirmación sobre la frase indicada (‘no me interesa la política’) se basa en observaciones personales de cuatro años de residencia en Cuba y de observaciones similares hechos por cubanos y extranjeros que han visitado el país. Obviamente, la frase podría usarse (y seguramente se usa) con fines similares en cualquier nación, pero la frecuencia, el peso e interpretación implícita de la frase le dan un sentido e importancia particular en el contexto cubano.

6. Conclusión

A partir del análisis del caso cubano se abre la perspectiva de señalar posibles coincidencias y diferencias con los discursos de la nueva izquierda latinoamericana. Tal análisis comparativo no cabe en el contexto de este artículo y, tal vez sea prematuro aún (pero no por ello menos relevante) realizarlo, pero la búsqueda de genealogías, permanencias y rupturas dentro de lo que podría llamarse el discurso nacional-utópico latinoamericano es una tarea que ha cobrado renovada relevancia a la luz de la evolución política del actual decenio.

Un tema que podría discutirse sería si el punto nodal nación-revolución de alguna forma se repite en el discurso chavista. Por un lado hay una clara intención de crear un discurso que imita el modelo cubano en el sentido de pretender una unidad entre discurso revolucionario y nacional. Por otro, no parece plausible que se logre crear tal unidad ni que la supervivencia de la revolución venezolana se logre mejor por esa vía, sobre todo a partir del resultado del referéndum sobre la reforma constitucional de diciembre de 2007. Lo que sí se ve en Venezuela, así como en Bolivia y en el Ecuador, es una lucha feroz (y no solamente discursiva) sobre quiénes tienen el derecho de definir la nación, lucha que en el caso de Bolivia tiene un fuerte ingrediente étnico-racial (más definido que en los otros dos casos).

Otro ejemplo sería la narrativa que pretende constituir el discurso oficialista en los tres países mencionados. Sobre todo en el caso de Bolivia y Venezuela se ve un intento de construir una narrativa de sentido único, parecido (aunque no imitando) al discurso cubano: la revolución bolivariana con su 'socialismo del siglo XXI' así como el gobierno del MAS no se ven a sí mismos como un poder político más, sino como culminación de luchas que han durado siglos y como el cumplimiento de los anhelos (conscientes o no) de los desfavorecidos de la nación, los que a su vez representan la nación 'verdadera'. En este sentido creo ver en las pretensiones simbólico-discursivas (y también en las prácticas) de la izquierda radical contemporánea latinoamericana algunas semejanzas importantes con el caso cubano. El aspecto más importante de estas coincidencias sería, como se viene insistiendo, la pretensión de identificar la nación y la utopía. La utopía que plantea esta nueva izquierda no sería una simple posibilidad dentro del marco geopolítico nacional, sino el único camino posible para la nación – su única salvación. Más que en la adhesión a un socialismo más o menos real y más o menos contemporáneo, creo ver una pretensión común entre el discurso nacional-revolucionario cubano y los nuevos discursos nacional-utópicos por identificar nación y utopía en

una narrativa teleológica de tintes mesiánicos. La verificación (o lo contrario) de esta hipótesis podría ser objeto de futuros trabajos sobre la importancia de la nación y la utopía en los principales discursos políticos de la izquierda en América Latina.

Bibliografía

- Aínsa, Fernando (2006), The Destiny of Utopia as an Intercultural and Mestizo Phenomenon, en *Diogenes* 2006; 53; 31 (versión electrónica: <http://sagepub.com>)
- Althusser, Louis (1969), *Ideología y aparatos ideológicos de Estado, Freud y Lacan*, Edición electrónica de la Universidad de Buenos Aires: <http://catedras.fsoc.uba.ar/rubinich/biblioteca/web/aalthu.html> [abril de 2005]
- Anderson, Benedict (1991), *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Verso.
- Barthes, Roland et al. (1996), *Análisis estructural del relato*, México D.F., Ediciones Coyoacán.
- Benveniste, Emile (1971), *Problemas de lingüística general*, Madrid, Siglo XXI.
- Cancino, Hugo (1999), ¿Existe una identidad cultural latinoamericana? Las raíces históricas del debate, En: Cristoffanini (compilador), *Identidad y otredad en el mundo de habla hispana*, México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México y Universidad de Aalborg.
- Cancino, Hugo (en proceso de publicación), *El discurso y la Utopía del Indianismo: ¿Una alternativa a la modernidad neoliberal?*
- Castells, Manuel (2003), *La era de la información. Vol. II: El poder de la identidad*, Madrid, Alianza.
- Castro, Fidel (1976), *Obras escogidas de Fidel Castro* (dos tomos), Madrid, Fundamentos.
- Cristoffanini, Pablo (en proceso de publicación): *La utopía consumista en Chile*
- Gustafsson, Jan (2000), *El salvaje y nosotros. Signos del latinoamericano: una hermenéutica del otro*, Copenhagen, Copenhagen Working Papers.
- Gustafsson, Jan (2002), La semiosis limitada y la producción del Otro, *Semiosis ilimitada* Vol. I. Universidad Nacional de la Patagonia Austral (Argentina)
- Gustafsson, Jan (2005), *El sujeto en la frontera. Entre el yo y la interpelación ideológica*, Ponencia en la 9ª Reunión Internacional La Frontera, nueva concepción cultural (en proceso de edición como actas)
- Gustafsson, Jan (2005a), Mellem jegets tomhed og diskursens ubærlige tyngde. Subjektivitet og interpellation i "Minder fra underudviklingen", en Degn, Gustafsson & Henriksen (eds.) *Subjektivitet, sprog og erfaring i en transkulturel kontekst – Otte bud på en socialhumanistisk forskning*. Aalborg, Aalborg Universitetsforlag, pp. 167-195.
- Gustafsson, Jan (en proceso de publicación): *Tiempo, espacio, comunidad – fronteras, identidad y utopía en el proyecto de 'comunidad intercultural Tawantinsuyu'*
- Jenkins, Richard (1994), *Social Identity*, Londres, Routledge.
- Jenkins, Richard (1997), *Rethinking Ethnicity*, Londres, Sage.
- Jenkins, Richard (2000), Categorization: Identity, Social Process and Epistemology, *Current Sociology* vol. 48.
- Laclau, Ernesto & Mouffe, Chandal (1985), *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, Verso.

- Larraín Ibañez, Jorge (2002), Postmodernism and Latin American Identity, en Volek, E. (ed.) *Latin America Writes Back*. Nueva York, Routledge, pp. 79-104.
- Lotman, Yuri, (1990), *Universe of the Mind*, Londres, Taurus.
- Peirce, Charles Sanders (1994), *Semiotik og pragmatisme*, Copenhagen, Gyldendal.
- Pickering, Michael (2001), *Stereotyping. The Politics of Representation*, Nueva York, Palgrave.
- Ricoeur, Paul (1994), *Relato: historia y ficción*, Zacatecas, Dosfilos Editores.
- Ricoeur, Paul (1996), *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo Veintiuno.
- Rojas Mix, Miguel (1991), *Los cien nombres de América*, Barcelona, Lumen.
- Wodak, Ruth et al. (1999), *The Discursive Construction of National Identity*, Edinburgh, Edinburgh University Press.
- Smith, Anthony (2001), *Nationalism*, Oxford, Polity Press.
- Zizek, Slavoj (1992), *El sublime objeto de la ideología*, México D.F. Siglo XXI